



Pezoa Véliz, víctima del sismo de 1906

Enjuto, huraño, el cabello rebelde, la cara tallada con rudeza, los ojos de un azul recordado, la boca contralida en un gesto de amargura burlona, las manos finas, las uñas toscas, las maneras rectas, el andar con elegancia y el ingenio mordaz, impaciente y sarcástico, un alma de poeta, un espíritu profundamente soñador, encerrado bajo siete llaves en el sótano de una osamente quijotesca.

Al decir de Armando Donoso, en Carlos Pezoa Véliz se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda nacida al margen de una existencia bohemia, crucificada antes de los 10 años por un infortunio que sólo logró mitigar la muerte. Sus amigos que se encargaron de escribir su biografía contribuyeron a dejar un margen para todas las suposiciones con las dudas prodigadas respecto de su nacimiento y hogar.

De hogar modesto, con una apariencia de holgura, donde su padre, humilde comerciante de Buin, ganaba lo indispensable en su negocio de licores para el mantenimiento de su casa y sus diversiones burguesas de buen vividor y aficionado a la gila. Su madre tuvo siempre que sobrellevar el peso de sus labores domésticas y por su rudimentaria educación se desesperaba y reñía porque el hijo perdía el tiempo en la lectura o "berro-scando carilas". El mismo Carlos advierte en su diario: "Ah, esta mamá que largo, mientras escribo silencioso ha arrojado una cafetera que prefería para mí... No le para la boca: en menos de un cuarto de hora, creo que ha hablado como cuatro mil palabras... ¡Y qué lenguaje...! Por fin ha callado...".

Con seguridad no es el más prudente y amante de los hijos, pero a veces habla liernamente de ella como ocurre en aquellos versos de "Cansancio en el camino": "Tú no viviste para mí/ eras buena como tu amor por mí/ y eras tan santa, como mi amor/ ¡Y todo eso burlado por la muerte!/ Toda esa dicha que no fue ni mucha... / Todo arrancado a la haraposu muerte/ de un hijo sin vigor para la fecha.

Su niñez transcurrió en Santiago; estudió sus primeras letras en el Colegio San

vida militar, con rango superior al de soldado ruso, al cuartel tercero de línea, con carácter de Guardia Nacional, hasta lograr el grado de subteniente. Revive esta etapa de su vida en su cuaderno inédito "Vida Militar".

Después de deambular sin mayor éxito en 1901 lo nombran secretario de la Municipalidad de Villa del Mar. Ocupa, además, el cargo de profesor de Castellano, Historia Natural, Geometría y Gimnasia en el Instituto Inglés. Empieza para él cierto efímero período de prosperidad económica, conjuntamente con la satisfacción que significa el renombre que ha alcanzado con la publicación de sus versos en periódicos y revistas. Lamentablemente, la fatalidad persigue al poeta. El terremoto de 1906 arruina para siempre su juventud al aplastarle un muro que le destroza las piernas, y le arranca los dientes. No es ya el sufrimiento momentáneo lo que le preocupa, sino la catástrofe final, la invalidez definitiva. Una luxación irreparable en la cadera lo condena a la angulosis. Es la fatalidad, la desgracia brutal. Ahora, más que nunca podrá exclamar: "¡Ah, batre! ¡Ah, destino!".

Lo internan en el Hospital Alemán y luego en el San Vicente. Desde una de las piezas del primero, que domina la irreverente geografía de Valparaíso, comienzan a desgarrarse los versos célebres de su "Tarde en el hospital".

¡Cómo no recordarlos".

"Sobre el campo el agua mustia/ cae fina, grácil, leve;/ sobre el agua cae angustia;/ llueve... / Y pues sólo en amplia pieza/ yargo en cama, yargo enfermo,/ para espantar la tristeza/ duermo./ Pero el agua ha lloregado/ junto a mí, cansada, leve;/ despierto sobresallado;/ llueve... / Entonces, muerto de angustia/ ante el panorama inmenso,/ mientras cae el agua mustia,/ pienso".

Es imposible olvidar estos versos, himnos de melancolía cuando la lluvia moja Valparaíso y sus rincones inverosímiles.

Una mañana otoñal, el creador de una poesía rica en ecos sentimentales, un poeta de alquimia lírica, renovador del len-

Pezoa Véliz, víctima del sismo de 1906 [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pezoa Véliz, víctima del sismo de 1906 [artículo] Hugo Rolando Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile